

CAPÍTULO 2

Las bestias extrañas

El obsesivo recuerdo de aquella pesadilla fantástica aún atenazaba a Eric Nelson cuando, ya muy entrada la noche, se sentó con aire taciturno en la única taberna de aquel pueblo casi destruido que seguía en pie.

Se sentía tremendamente cansado por la apresurada tarea realizada durante el día, consistente en reunir las caballerías y cargar en ellas lo necesario. Y tanto por aquel cansancio como por su afición a la bebida, le había rogado insistentemente a Li Kin que ambos se quedaran un rato más en aquella taberna de paredes de adobe, pues el gordo cantonés que la regentaba almacenaba en ella unas cuantas cajas de licor que intentaba hacer pasar por whisky escocés.

—Quizá Sloan y los demás necesiten que les echemos una mano —murmuró Li Kin. Parecía cansado, pues sus delicados ojos se esforzaban en seguir abiertos tras los gruesos cristales de sus gafas—. Deberíamos marcharnos.

—Sólo un rato más —asintió Nelson—. Se bastan y sobran para sacar la mercancía del arsenal del viejo Yu por sí solos, sin que tengamos que ayudarlos.

Inclinó la botella de base cuadrada y observó con mirada ausente aquellas pocas mesas desvencijadas, cuyas grotescas sombras oscilaban al ritmo del parpadeo de la lámpara de aceite sobre las semiderruidas paredes de adobe.

¿Por qué no conseguía quitarse de la cabeza la insólita experiencia sufrida? Un sueño plagado de voces extrañas, frías y amenazantes que hablaban dentro de su mente, el sonido de grandes alas en medio de la noche... ¿Qué sentido tenía todo aquello, por qué le preocupaba tanto?

—Hay algo raro y siniestro en el tal Shan Kar —murmuró, como hablando consigo mismo.

Li Kin asintió con la cabeza como para darle la razón.

—Sí, algo muy raro, pues hoy mismo he recordado lo de L'Lan.

Nelson le miró con aire ausente.

—¿L'Lan? Claro, así se llama el valle en medio de las montañas donde vive ese tipo. Estaba distraído.

—He estado pensando mucho en él —afirmó el pequeño oficial chino, apoyando los codos encima de la rústica mesa—. Dime, capitán Nelson, tú que llevas mucho tiempo en China, ¿has oído mencionar ese nombre alguna vez?

—No, nunca... —comenzó a decir Nelson, para luego enmudecer de repente.

Acababa de recordar algo.

¡El valle mágico de L'Lan! ¡Hace tiempo, mucho tiempo, en L'Lan nacieron el yang y el yin... la vida y la muerte, el bien y el mal, la alegría y la pena!

Después de aquellos siete años de guerras constantes, Nelson acababa de recuperar de las brumas de la

memoria lo que el vidente ciego le había contado en trance después de que le salvara, en Shansi, de los soldados del Joven Mariscal¹.

¡Aún existe, aún existe L'Lan, la dorada, oculta en el interior de las montañas que la protegen! ¡Aún existe en L'Lan la antigua Hermandad, porque aquel corazón del mundo, ahora escondido, fue el Valle de la Creación!

—Ahora recuerdo la leyenda —admitió Nelson—. Una variante del mito del Paraíso Terrenal, que lo sitúa en Asia Central.

—Sí, un mito, una leyenda —dijo Li Kin muy serio—. ¡Pero ese tipo, Shan Kar, dice que es de L'Lan!

Eric Nelson se encogió de hombros.

—La naturaleza imita al arte, como dijo Wilde. Quizá esa tribu allende las montañas llamara a su valle con el nombre que provenía de la leyenda.

—Es posible —dijo Li Kin no muy convencido, mientras se levantaba—. ¿Nos vamos?

—Ve tú y dile a Sloan que acudiré enseguida —respondió Nelson, despreocupándose de la situación.

Los ojos de Li Kin se dirigieron a la botella vacía de escocés, dudando por un instante de lo que iba a decir.

—No olvides que tenemos que salir de madrugada.

—Allí estaré —dijo Nelson, zanjando la conversación, y el pequeño chino se fue en silencio.

Eric Nelson siguió con la mirada al hombrecillo por el que albergaba una simpatía que no sólo no sentía por sus restantes camaradas de armas, sino ni siquiera por sí mismo. Li Kin era un patriota idealista hasta el absurdo cuyos sueños más fervientes le habían conducido, a

¹ en Shansi, de los soldados del Joven Mariscal / de la guerrilla que quería asesinarle.

través del cenagal que suponían las guerras civiles de China, hasta aquel callejón sin salida.

Él mismo y los otros tres, pensó Nelson con rabioso desdén, no eran ni patriotas ni soñadores, sino simples soldados de fortuna.

¿Soldados de fortuna? Aquella expresión hizo que sus labios se torcieran por la ironía. Cuán lejos estaban él y sus compañeros mercenarios de las connotaciones de heroísmo y de valor que encerraban aquellas tres palabras. Nick Sloan era calculador, frío y despiadado. Van Voss, un idiota sádico, y Lefty Wister, un criminal retorcido.

¿Y él? ¿Qué era él, Eric Nelson? De entre todos ellos, era quien menos se ajustaba a las connotaciones positivas del término. Tenía treinta años y lo único que recordaba de los mejores años de su vida no eran sino batallas olvidadas, combatidas desde Shansi hasta Hupeh para insignificantes señores de la guerra². En aquel momento, sin más señores de la guerra por los que luchar³, sólo era un fugitivo cuya única salida era ponerse al servicio de los montañeses de Shan Kar.

Nelson dio un manotazo a la botella vacía de escocés, que abandonó la mesa para hacerse añicos contra la pared de adobe.

—¿Acaso soy un perro para estar sentado en este sitio sin que nadie me atienda? —preguntó, dirigiéndose al gordo cantonés—. Tráeme otra.

² batallas olvidadas, combatidas desde Shansi hasta Hupeh para insignificantes señores de la guerra / batallas olvidadas.

³ En aquel momento, sin más señores de la guerra por los que luchar / En aquel momento.

Una hora después, cuando abandonó la taberna y se adentró en la noche, su humor sombrío parecía haber mejorado a causa del licor.

Las escasas luces parpadeantes de las calles de Yen Shi, tortuosas y en ruinas, bailotearon como dándole ánimos mientras caminaba por ellas.

—¡Ya estoy más que harto de China⁴! —dijo para sí, mientras se abría paso a codazos entre las sombras de quienes pasaban resoplando a su lado—. Al menos, las montañas de Shan Kar serán una novedad.

L'Lan, L'Lan la dorada, donde aún existe la antigua Hermandad...

¿Qué sería aquella Hermandad de la que le había hablado en trance el viejo vidente? Y, si era tan importante, ¿por qué no había dicho nada Shan Kar?

Eric Nelson se detuvo en seco. En medio de la oscuridad, unos ojos verdes le miraban de frente.

Un perro enorme de pelaje pardo que estaba echado y le miraba. Sólo que no era un perro.

—Un lobo —dijo para sí, mientras echaba mano a la pistola que llevaba al cinto—. No puedo estar tan borracho.

Lo cierto era que, a pesar de estar un poco borracho, acababa de comprender que el tamaño de aquella bestia era excesivo para un perro, porque su enorme cabeza era demasiado grande y la tensión que mostraba, aun echado, estaba llena de ferocidad.

Los ojos verdes le miraban como si quisieran hipnotizarle.

Cuando Nelson le apuntó con su arma, una voz suave se insinuó entre las tinieblas que rodeaban al animal.

⁴ China / Yen Shi.

—No te hará ningún daño —dijo una voz de mujer joven que poseía un acento tibetano muy marcado—. Es... mío.

Y se acercó a él, abandonando la oscuridad y dejando atrás a la bestia, que siguió echada.

Nelson no consiguió verla con claridad porque el alcohol que envenenaba su cerebro le nublaba la vista.

Pero algo le hizo presentir que aquella joven era tan especial que valía la pena hacer un esfuerzo para aclararse la vista.

Lo primero que observó fue cómo se movía... se desplazaba sobre sus pies como si no pesara, con una especie de gracia ingrátida más propia de un animal que de cualquier persona criada en una ciudad.

Y como Nelson jamás había visto a una mujer moverse de esa manera, quiso ver más cosas de ella... muchas más cosas.

Se vestía de modo tradicional, con casaca negra y pantalones, lo que, en un primer momento, le llevó a pensar que era china. Sus cabellos eran bastante oscuros y se le arremolinaban sobre los hombros, como si, al acercarse a la luz de la lámpara más próxima, hubieran despojado a la noche de parte de su negrura. Pero tanto la cabellera, que parecía suave y rizada, como el color oliváceo del rostro que enmarcaba y el contorno general del cuerpo desmintieron aquella primera impresión.

Casi sin darse cuenta, Nelson recordó haber visto hacía muy poco un rostro de tez tan aceitunada como aquélla, de rasgos igual de hermosos y marcados, sólo que un poco más arrogante... pues era de varón.

Sus ojos oscuros, grandes y serenos, le miraron con provocación. Pero había algo extraño en la curva ino-

cente e infantil de su roja boca y en los delicados rasgos morenos de su rostro.

—Soy Nsharra, señor blanco —dijo con voz suave, y sus ojos buscaron los suyos—. Te vi en el pueblo antes de la batalla.

Nelson rió.

—Pues yo no te vi. Ni tampoco a ese lobo. Me acordaría de vosotros.

Ella dio un paso y se le acercó.

En medio de la bruma alcohólica que ofuscaba su mente, Nelson observó que sus ojos oscuros le estudiaban.

—Pareces triste y cansado, señor —murmuró Nsharra—. ¿Te sientes... solo?

El primer impulso de Nelson fue el de arrojarle una moneda y proseguir su camino. En los diez años que llevaba en China, jamás había caído tan bajo como para liarse con las chicas que hacían la calle.

Pero aquella joven era diferente. Y aunque, muy posiblemente, el whisky fuera el responsable de que la viera desde una perspectiva diferente, su rostro perfecto y sus ojos enigmáticos poseían una belleza que le cautivó.

—Mi cabaña está muy cerca —dijo ella, mirándole con una extraña sonrisa llena de timidez.

—¿Por qué no? —dijo Nelson, hablando en inglés—. ¿Qué puede importar ahora?

Nsharra comprendió lo que decía por el tono, aunque no por las palabras.

Y poniéndole una de sus pequeñas manos encima del brazo, le guió sin prisa entre las sombras.

La cabaña de adobe estaba en el límite del pueblo. Bajo la luz de las estrellas, Nelson vio junto a ella la silueta enorme de un imponente garañón negro.

El caballo, de mirada ardiente y orejas tiesas, como si estuviera a la espera de cualquier imprevisto, parecía tranquilo, sin hallarse sujeto por ronzal ni soga alguna.

—¿Es tuyo? —preguntó Nelson, y luego se echó a reír—. Es una suerte que Nick Sloan no lo haya visto. Le gustan los caballos con buena estampa.

No estaba muy bebido, de hecho se le estaba pasando la borrachera, pensó, y aunque comprendía lo incongruente de la situación —una chica de un poblacho que era dueña de un lobo y de un garañón—, no se detuvo a pensar en ello ni a preocuparse por lo sucedido, pues, animado como estaba, veía las cosas de color de rosa.

El interior de la cabaña era un cubículo escuálido que se agitó entre las tinieblas que lo rodeaban cuando la joven se agachó y encendió una vela. Al levantarse, Nelson la tomó entre sus brazos.

Nsharra se debatió sólo un momento y luego le dejó hacer. Pero sus labios siguieron fríos e inmóviles bajo los suyos.

—Tengo vino —murmuró, casi ahogándose—. Permíteme...

El vino de arroz quemó la garganta de Nelson como si fuera un fuego ardiente, de modo que fue consciente de que no debía beber más. Pero era tan placentero seguir sentado en la suave esterilla de la cabaña y contemplar su delicado y sereno rostro mientras aquellas manos tan menudas volvían a llenarle la copa...

—¿Vendrás a verme mañana o al día siguiente, señor blanco? —le preguntó ella en un murmullo, mientras le tendía la copa.

—Me llamo Eric Nelson, y no, mañana por la noche no vendré a verte, pues ya no estaré en Yen Shi —contestó él, riendo—. Así que sólo disponemos de esta noche.

Los ojos negros de la joven le miraron fijamente con súbito interés.

—¿Entonces, tú y tus camaradas os marcharéis con Shan Kar?

—¿Shan Kar? —aquel nombre acababa de suscitar una especie de destello en su memoria—. *Ahora sé a quién me recordaste cuando te vi. Ambos tenéis la tez del mismo color, los mismos rasgos y el mismo acento...*

Entonces dejó de hablar y la miró fijamente.

—¿Qué sabes tú de Shan Kar?

Nsharra encogió sus hombros menudos.

—Todo el pueblo sabe que es un extranjero que viene de las montañas y que intenta contrataros a ti y a tus camaradas para que vayáis con él a su tierra.

La respuesta le pareció plausible a Eric Nelson, pues conocía por experiencia personal lo rápido que corren los chismes en cualquier pueblo del Oriente. Pero su mente nublada aún seguía perpleja por algo que no lograba explicar... el extraño parecido entre Shan Kar y Nsharra, como si ambos fueran de la misma raza.

No tenía importancia. Lo único que importaba era el hecho de que aquella noche podía ser la última, que los suaves dedos de la joven acariciaban su mejilla y que sentía su cálido aliento en un oído.

Nelson se tomó el vino de un trago y entonces vio que la puerta de la cabaña estaba abierta y que el lobo se había echado delante de ella, mirándole fijamente con sus luminosos ojos verdes.

En la oscuridad del exterior, el enorme garañón también le vigilaba, apuntando hacia él su gran cabeza y mirándole fijamente con sus ojos rojos. Encima de su grupa había algo, algo que hacía un ruido como de alas.

—¿Eres tan amable de decirles a esas dos bestias que se vayan? —dijo Nelson con voz ronca a la muchacha—. No me gustan. Da la impresión de que estén atentos a lo que decimos.

La joven miró al lobo y al caballo. Y aunque no habló, el lobo y el garañón se fundieron con la oscuridad.

—Hatha y Tark no querían molestar —murmuró Nsharra con voz suave—. Son amigos míos.

En lo más profundo de la mente de Nelson, aquellas palabras de la joven pulsaron una nueva cuerda oculta de su memoria, suscitando una extraña e incómoda sensación en su cerebro.

Pero, con sus brazos estrechando el esbelto cuerpo de Nsharra y sus labios apoyados sobre su suave boca, no podía pensar en aquello, ni tampoco en las dos extrañas bestias que se encontraban fuera, en medio de la noche.

¡No, Tark! ¡Tu misión es vigilar, no matar! ¡Por ahora!

Súbitamente, el recuerdo se abrió paso por su mente, el recuerdo de que ya había escuchado antes aquel nombre.

El extraño sueño que le había hecho oír unas voces amenazantes dentro de su cabeza, la sombra que había salido volando de su habitación y el sonido de unas alas en la noche... aquel recuerdo bastó para expulsar de la mente de Eric Nelson la bruma alcohólica que la cubría.

De repente, sus manos agarraron con rabia los suaves hombros de la joven.

—¡Has dicho el nombre de Tark! —dijo con voz ronca—. El mismo nombre que pronunciabas en mi sueño. ¡No sé cómo, pero estabas hablando con ese lobo!

La prudencia y la desconfianza que le habían mantenido con vida a lo largo de los diez años que llevaba en China, siempre metido en guerras, acababan de despertarse para tomar las riendas de la situación.

Miró ferozmente a la joven.

—Me has traído hasta aquí por alguna razón. Conoces a Shan Kar, pues eres de su misma raza. ¿Por qué le espías?

Nsharra sostuvo su mirada acusadora con una leve expresión de pena en su hermoso rostro y dijo en sordina:

—¡Ahora, Tark, mata!

El lobo se convirtió en un relámpago de negrura que saltó desde la entrada y cayó encima de Nelson mientras Nsharra se echaba rápidamente hacia atrás.

Nelson se abstuvo de tomar su pistola, pues supo que su garganta estaría desgarrada antes de que pudiera empuñarla. Así que se protegió el cuello con los brazos y rodó por el suelo bajo el pesado manto del lobo que se encontraba encima de él.

Sintió que unos dientes tan afilados como agujas se clavaban en su antebrazo. Pero lo peor de aquella experiencia fue que el lobo parecía querer acabar con su vida en completo silencio, pues ni aullaba ni rugía.

En aquel momento, el enorme garañón relinchó fuera de la cabaña y sonó un disparo. Nelson escuchó los ágiles pies y el grito agudo de Nsharra:

—¡Tark! ¡Hatha!... ¡Ei! ¡Vámonos!

—¡Nelson! —era la excitada voz de Li Kin.

Entonces Nelson fue consciente de que el lobo ya no estaba encima de él. Hizo un esfuerzo y se puso en pie, lleno de estremecimientos y aún aturdido.

La cabaña estaba vacía. Avanzó tambaleándose hacia la puerta y tropezó con Li Kin. El pequeño oficial

chino tenía una automática en la mano y una mirada de extrañeza en los ojos que miraban por detrás de los cristales de sus gafas.

—¡Te seguí, Nelson! —murmuró—. Y vi que entrabas en la cabaña. ¡Pero cuando me acerqué, ese garañón me atacó! Le disparé, pero fallé.

—¡La chica! ¿Dónde está la chica? —exclamó Nelson. Como ya estaba sobrio, su sorpresa comenzaba a mudarse en una ira feroz.

—¡Ella y el lobo salieron de improviso, tropezaron conmigo y huyeron! —exclamó Li Kin—. ¡Mira, por ahí van!

Nelson percibió la fugaz silueta de un enorme macho montado por una persona y la veloz forma de un lobo; bajo la incierta luz de las estrellas todos ellos se apresuraban hacia el oeste por la polvorienta calzada.

Por encima de garañón, jinete y lobo, siguiéndolos mientras se apresuraban hacia el oeste, una silueta negra y alada se recortaba contra el cielo estrellado.

—¡Había algo montado en la grupa de ese garañón negro cuando llegué! —exclamó Li Kin—. ¡Un águila o un ave igual de grande!... ¡Qué extraño!

—Es aún más extraño de lo que te imaginas —dijo Eric Nelson con voz ronca. Se agarró el antebrazo mordido, que comenzaba a latirle y a escocerle—. Vayámonos de aquí... ¡Quiero ver al tal Shan Kar!

Li Kin siguió pensando en aquellos animales mientras ambos apretaban el paso por las oscuras y polvorientas calles para llegar a la posada.

—¡Hablaba con ellos como si fueran personas! ¡Como si fuera una bruja, una maestra del *kuei* que hablara con sus familiares!

—¿Quieres hacer el favor de olvidarte de esos animales? —dijo Nelson con brusquedad.

Estaba enfadado. Y lo estaba porque se sentía un poco asustado. Había estado asustado muchas veces, pero no por algo tan siniestro como lo que le acababa de suceder, no por una joven, tres animales y un sueño.

El patio en tinieblas de la posada resonaba por el pataleo y las pisadas de los cascos de muchos caballos. Los pequeños caballos peludos relinchaban y mordían como protesta ante los pesados fardos de armas y municiones que Nick Sloan, Lefty y Van Voss cargaban encima de sus lomos.

Nelson encontró a Shan Kar en un rincón del patio: una silueta oscura y en tensión que observaba con impaciencia aquellos apresurados preparativos.

—¿Quién diablos es Nsharra? —le espetó Nelson sin más.

Shan Kar se volvió como un leopardo furioso y, gracias a la luz de una de las ventanas de la posada, Nelson pudo ver cómo entornaba la mirada.

—¿Qué sabes tú de Nsharra? —preguntó Shan Kar.

—Que es de tu gente, ¿no es así? —insistió Nelson—. ¿También es de L'Lan?

—¿Qué sabes tú de Nsharra? —su interlocutor repitió la pregunta con tono amenazante.

Entonces Eric Nelson supo que no había conseguido que Shan Kar, tomado por sorpresa, le contara lo que quería saber.

Li Kin intervino entonces, muy excitado.

—¡Una chica con un lobo, un garañón y un águila! ¡Habrían acabado con Nelson si yo no hubiese intervenido! ¡Pero huyeron!

Mirándolos a ambos fijamente, Shan Kar dijo en voz baja, casi entre dientes:

—¡Así que Nsharra está aquí... con Tark, Hatha y Ei!
¡Han debido de seguirme para espiarme!

—¿Quién es? ¿Qué significa todo esto? —le apremió Nelson.

Shan Kar respondió despacio, midiendo las palabras:

—Es la hija de Kree, el Guardián de la Hermandad... ¡los enemigos de mi pueblo! —y apretando los labios añadió—: Eso significa que la Hermandad nos atacará antes de llegar a L'Lan. ¡Si queremos entrar en el valle, tendremos que partir cuanto antes!